



Los bibliofidios

Los *Bibliofidios* son serpientes diminutas que habitan en los libros y anaqueles de cualquier biblioteca. Según he llegado a comprobar, estos reptiles, tan angostos como el trazo de un lápiz y tan cortos como la longitud de una letra, son los responsables de la desaparición de señaladores, billetes y esquelas colocados en el interior de los códices. Su aparición suele estar precedida por algún fenómeno absurdo e insignificante, como por ejemplo un silencio repentino en la multitud, el llanto de un retrato, la risa de un perro, el suspiro de una planta o la muerte de una mosca en pleno vuelo.

La primera vez que tuve pruebas de su existencia fue en casa de mis padres cuando yo era un niño. Recuerdo que unos tíos me habían regalado *Las Fábulas de Esopo* y que un día, leyendo la historia de “La Zorra y las Uvas”, vi que una línea delgada parecía reptar el dibujo de la parra. Una mezcla de sorpresa y asco me llevó a cerrar furiosamente el librito para aplastar al pobre animal. Cuando volví a la página en cuestión vi como el bicho dejaba una mancha de baba oscura mientras huía retorciéndose hacia la hoja siguiente. En ese entonces no tenía idea de qué era, pero limpié la hoja y desinfecté el librito con un aerosol. Luego, y quizá para olvidar al animal, dejé en esa misma página una fragante rosa amarilla que ese mismo día me había regalado una noviecita de aquel tiempo.

Ya en mi adolescencia pude comprobar que el *Bibliofidio* no había sido, como llegué a pensar mucho tiempo, un producto de mi ima-

ginación. Supe también, que además de habitar en los libros y de llevarse los señaladores, este animal poseía la habilidad de viajar de una biblioteca a otra de manera instantánea sin importar la distancia que hubiera entre una y otra. Para realizar esta hazaña se vale del siguiente truco: como ya se ha dicho, el *Bibliofidio* puede habitar en un libro cualquiera de una biblioteca cualquiera; pero para este animal ese libro, ese título, es único, y salir de él significa además salir de cualquier copia de ese libro que exista en el planeta. Es decir, un *Bibliofidio* guarnecido bajo *La guerra y la paz*, puede sumergirse en una versión rusa, en Moscú, para emerger inmediatamente a una versión del mismo libro, en Paraná.

Mi obsesión por este animal es casi enfermiza. Sin embargo, debo confesar que gracias a ello me inicié en el mundo de la literatura. Lo perseguí toda la vida; y a pesar de que he aprendido a reconocer sus rastros, no fueron pocas las ocasiones que me eludió. Muchas veces se camufló en una letra, en un dibujo, o bajo la forma de una firma improvisada. Ahora, después de tantos años de estudio he aprendido sus costumbres. Sé que le gusta dormir en las “U”; que se alimenta de los puntos, de las diéresis y de los tildes sobrantes; que una coma mal usada o una letra repetida es su cría; que se marea y embriaga en el número ocho y en las palabras largas y difíciles; que gusta de los gráficos; que se divierte escalando la letra “J” y que grita al arrojarse del número seis; que le gusta reproducirse en los libros menos leídos y que una “X” mal puesta no es otra cosa que dos *Bibliofidios* copulando.

No es fácil encontrarlo porque, además, el *Bibliofidio* es una especie en extinción. Sin embargo, los invito a seguir sus rastros por lo menos para descubrir cómo se encubre con literatura. Los escondites de este animal son tan hermosos y sorprendidos como previsible y enigmáticos. Quizá ahora mismo esté oculto en estas líneas esperando que XXX interrumpa la lectura para poder robarse algún billete y huir hacia páginas más afortunadas.

La última vez que tuve indicios de un *Bibliofidio* descubrí sus nuevas habilidades. Fue hace unos días en Concepción del Uruguay, cuando estaba en la biblioteca del Colegio Nacional haciendo tiempo hasta el inicio de una charla que iban a dar no muy lejos de allí. Era casi de noche y como el lugar estaba siendo reparado no había luz artificial. El silencio y el resplandor cansino de la tarde que se filtraba fantasmalmente por las ventanas, dotaban al recinto de una atmósfera inquietante. Un puñado de alumnos juntaba sus útiles para retirarse. La encargada, muy amable, me explicó que debido al problema con la luz estaba a punto de cerrar. Le rogué que me dejara tomar algunas fotografías y accedió cortésmente. Entonces me largué a caminar entre las largas mesas engalanadas por esas antiguas farolas de aceite. Atravesé un arco, miré los retratos que penden en silencio, fotografié alguna esquina y llegué hasta una enorme vitrina repleta de libros antiquísimos. Mientras exploraba los estantes desde abajo hacia arriba, leía algunos de los títulos que contenía. Cuando llegué a la parte superior noté algo absurdo que me advirtió de la presencia de un *Bibliofidio*. En el interior de la vitrina decantaba incesante un reloj de arena envuelto en telarañas.

—¡Hay una serpiente en la sala! —grité como un loco y los pocos alumnos que todavía rondaban me miraron temerosos y se fueron al instante. Ya solo en el recinto supe que tenía que buscarlo. Llamé a la encargada, que había salido por un momento, y le pedí que abriera la vitrina. La pobre mujer cedió a mi capricho sin reparos y luego de ofrecerme una linterna se fue. Sin ningún escrúpulo desordené los estantes y revolví los documentos. Sacudí los libros y hasta desarmé periódicos antiguos prolijamente encuadernados. La desazón estuvo a punto de arrojarme fuera de la sala. No encontré al animal. Para colmo, revisar toda la biblioteca era una tarea que estaba fuera de mi tiempo y de mi alcance, ¡pero tenía que encontrar al *Bibliofidio*! Desanimado, me dejé caer a una silla. Tomé aire, cerré los párpados y conté hasta tres. Cuando abrí los ojos vi, que desde lo profundo de la sala surgía la solitaria luz de una farola. Excitado, me puse de pie y lentamente, dejando que el eco de los

pasos exacerbaba mi pasión, llegué hasta la mesa iluminada. Allí, bajo la farola, se hallaba abierto de par en par el libro *Las Fabulas de Esopo*. Con temor, y también con arrebato, me arrojé a sus páginas en busca del *Bibliofidio*. Luego de comprobar que se trataba de una copia de la misma edición que yo había tenido de niño me detuve en la Fábula “La Zorra y las Uvas” y miré el dibujo que me había deparado la aparición de la pequeña serpiente. Juro que no me interesó hallarla. Estremecido por la situación acaricié la página del dibujo y con la yema de los dedos llegué hasta la esquina de la hoja. Cuando la di vuelta encontré, tan fragante y sutil como la recordaba, la misma rosa amarilla que aquel lejano día me había regalado la noviecita de la infancia.